

EDITORIALES

En Defensa del Arbol

*Joanell
Oct 28/37*

EN el programa mínimo adoptado por la Corporación Nacional de Turismo, para hacerle agradable la permanencia en la Habana a los forasteros, figura la defensa del árbol que continúa siendo, entre nosotros, perseguido y maltratado. Se hace uso de ellos, en los caminos, para fijarles o pintarles anuncios detestables. Además, con el más mínimo pretexto se les tala. A veces se piensa, viendo los efectos de ciertas podas, en que aquí priva un odio ciego contra el arbolado, el más bello de los ornamentos de la naturaleza. ¿Cómo es posible? se preguntan los extranjeros. En Cuba debiera cuidarse del árbol, por razones estéticas y por razones climatológicas. Vivimos bajo el castigo del sol tropical. Nos pasamos la vida lamentándonos del calor. Ello no es óbice, sin embargo, para que desdeñemos y destruyamos a quien es un excelente aliado para defendernos de los rigores de la temperatura que aquí se siente diez de los doce meses del año.

De un tiempo a esta parte se observa en nuestra República cierta reacción contra esa fobia. Para contrarrestarla se instituyó la anual fiesta del árbol, con el doble objetivo de enseñar a los escolares a amarlos y de contribuir a su multiplicación. La medida, empero,

en la práctica ha dado resultados limitadísimos. Es verdad que resulta empeño minúsculo dedicar un solo día del año a amar el árbol y emplear los otros trescientos sesenta y cuatro a agraviarlo y destruirlo. Asimismo en diversas localidades han iniciado sus tareas clubs con destino exclusivo al fomento de la arboleda. Pero tampoco este propósito, aislado y modesto, ha obtenido positivas ventajas. Resulta aun una minoría muy pequeña la que forman los arbófilos. Estos en realidad necesitan de la cooperación oficial. No siempre por la costumbre se llega a la ley. Hay ocasiones en que resulta imperativo llegar al buen hábito a través de la pragmática.

Se ha escrito y se ha dicho mucho sobre este tema. Si se recopilaran los artículos de periódicos y los discursos compuestos en defensa del árbol, nos encontraríamos con una copiosa biblioteca. Pero el esfuerzo ha tropezado con la indiferencia o la abulia, o con ambas cosas a la vez. Quien sabe si, en esta ocasión en que la defensa del árbol figura en un programa de turismo, tan juicioso como factible, se logre un éxito más lisonjero. En ese caso tendríamos todos razón sobrada para regocijarnos. Por los turistas y por nosotros mismos.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA